Lázaro: El que cree en mí aunque esté muerto vivirá

La enfermedad de Lázaro y el amor de Jesús

En el Evangelio de Juan, capítulo 11, versículos del 1 al 6, leemos sobre la enfermedad de Lázaro, un hombre de Betania, hermano de María y Marta. María fue quien ungió a Jesús con perfume y le enjugó los pies con sus cabellos, mostrando un amor y devoción profundos. Cuando las hermanas enviaron un mensaje a Jesús: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”, se revela la cercanía que existía entre Jesús y esta familia. Aun con ese amor, Lázaro enfermó gravemente, recordándonos que la enfermedad y el dolor no discriminan y que el amor de Dios no significa ausencia de pruebas.

Cómo enfrentar las crisis a la luz de Cristo

Todos enfrentamos crisis en algún momento de nuestras vidas, ya sea enfermedad, pérdida o dificultades económicas y emocionales. La diferencia no radica en la crisis en sí, sino en cómo la enfrentamos. Podemos verla con temor, angustia y desesperación, o podemos contemplarla desde la perspectiva de Cristo, confiando en su poder, amor y fidelidad. Cuando miramos nuestras pruebas a través de Él, comprendemos que incluso los momentos más difíciles pueden tener un propósito divino, y que el dolor no indica abandono, sino una oportunidad para glorificar a Dios.

La certeza del amor eterno de Dios

Lázaro y sus hermanas eran amigos queridos de Jesús, y aun así, enfrentaron la enfermedad y la posibilidad de perderlo.

Esto nos enseña que nadie está exento del sufrimiento. Sin embargo, Jeremías 31:3 nos recuerda: “Con amor eterno te he amado. Por tanto, te prolongué mi misericordia”. Dios nos ama incluso en los momentos de dolor y prueba. Las dificultades, la enfermedad o la muerte no significan que Él nos haya abandonado. Por el contrario, estas situaciones nos permiten acercarnos más a Él, fortalecer nuestra fe y aprender a depender completamente de su amor inmutable.

La importancia de la paciencia y los tiempos de Dios

Cuando Jesús oyó que Lázaro estaba enfermo, permaneció dos días más donde se encontraba. Esto nos enseña que los tiempos de Dios no coinciden necesariamente con los nuestros. Muchas veces queremos soluciones inmediatas, pero Él actúa en el momento oportuno. Como Abraham y Sara, quienes no supieron esperar la promesa de Dios, debemos aprender a ser pacientes y confiar en que Él tiene un plan perfecto para cada circunstancia. Incluso la espera, aunque difícil, forma parte del propósito divino para nuestra vida y la de quienes amamos.

El propósito detrás de la enfermedad

Jesús declaró que la enfermedad de Lázaro “no es para muerte, sino para la gloria de Dios”. Esto nos recuerda que todo lo que experimentamos tiene un propósito mayor. Aunque no comprendamos por qué suceden las dificultades, podemos confiar en que Dios obra para nuestro bien. Las pruebas fortalecen nuestra fe, nos acercan a Dios y nos permiten ver su poder obrar en medio de lo imposible. Las dificultades no son señales de castigo, sino oportunidades para glorificar a Dios y experimentar su fidelidad en nuestras vidas.

La resurrección de Lázaro y la esperanza

en Cristo

Cuando Jesús llegó a Betania, Lázaro ya llevaba cuatro días en el sepulcro. La esperanza humana parecía agotada, pero Jesús lo llamó “dormido”, mostrando que para Dios incluso la muerte está bajo su control. Su llegada transformó el dolor de la familia en esperanza y certeza. Este pasaje nos recuerda que, aunque las circunstancias sean extremas y desesperantes, Dios siempre tiene la última palabra. Jesús trae consuelo, transforma la tristeza en gozo y nos recuerda que su poder vence toda limitación humana.

Confiar en el amor perfecto de Jesús

Marta y María demostraron confianza en Jesús a pesar de la muerte de su hermano. Reconocieron que su presencia era suficiente para que Dios obrara. Del mismo modo, debemos confiar en el amor perfecto e inmutable de Jesús, que no fluctúa como el nuestro. Las pruebas son una oportunidad para fortalecer nuestra fe y aprender a depender plenamente de Él. La certeza de su amor nos permite esperar con esperanza y paz, incluso cuando la solución humana parece imposible.

Jesús comparte nuestro dolor

Cuando Jesús vio llorar a María y a los judíos que la acompañaban, también lloró. Esto nos muestra que Él entiende nuestro sufrimiento y comparte nuestras emociones. No estamos solos en nuestro dolor; Dios se conmueve con nuestras lágrimas y nos acompaña en cada prueba. Su empatía y amor nos aseguran que, incluso en los momentos más difíciles, estamos en manos seguras y que Él tiene un propósito más grande que nuestras dificultades inmediatas.